



Primavera en Tenayuca y Santa Cecilia

Jorge Vázquez Ángeles

LA PRIMAVERA, COMO TODOS SABEMOS, es la época en que la ropa de las mujeres se encoge y adelgaza para goce y disfrute de los caballeros. El 21 de marzo, además de suceder el equinoccio de primavera que marca el final del invierno, se descansa obligatoriamente gracias al natalicio de Benito Juárez, el mexicano más famoso de todos los tiempos de acuerdo con una encuesta del History Channel (Pedro Infante se llevó el segundo lugar).¹ El calendario cívico nacional está amañado: si Porfirio Díaz hizo coincidir la celebración de su cumpleaños con el inicio del movimiento de independencia, con el nacimiento de don Benito, se infiere, el sol salió para irradiar a toda la nación.



El sincretismo del que hablan los historiadores al referirse a la época de la colonia y la sustitución de Tonantzin por Guadalupe no se ha extinguido del todo. En la época de los *gadgets*, las redes sociales e Internet, los muebles del hogar se acomodan a partir de los lineamientos del *feng-shui*, se le rinde culto a la Santa Muerte, se agasaja a Shangó con serenatas y se vigila que Malverde tenga siempre un cigarrillo en la boca. Ironías de la vida:

¹ bit.ly/gYgAMP



Fotografías: Jorge Vázquez Ángeles

en el día dedicado al más liberal de todos los liberales mexicanos, miles de personas visitan las zonas arqueológicas de México para transformarse en pilas humanas. Vestidas de blanco ascienden las pirámides y, ya sea en flor de loto o con las palmas de las manos bien abiertas y dirigidas hacia el sol, suponen que si las pirámides fueron construidas como maquetas del cosmos, las vibras y energías extraterrestres reverberan en estas antenas de piedra. Alguna vez atestigüé en lo alto de la pirámide del Sol en Teotihuacán cómo un grupo de personas se amontonaban alrededor de una varilla desgastada —colocada por arqueólogos del INAH para medir la profundidad del monumento—. Cuando les llegaba su turno la tocaban y cerraban los ojos para recibir directamente, sin la mediación de fusibles o reguladores, la energía de la pirámide.

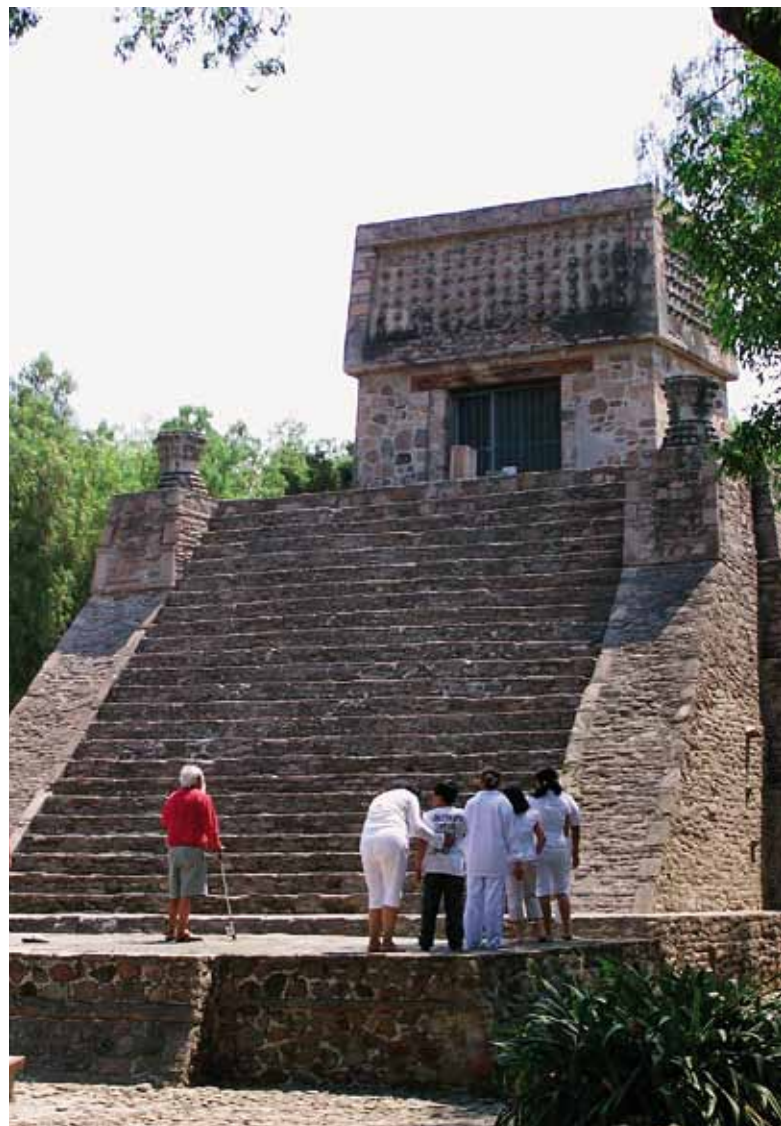
Animado por el día de asueto a la salud del Benemérito, tomé la decisión de visitar dos pirámides: la de Tenayuca y la de Santa Cecilia, ubicadas en Tlalnepantla, Estado de México. Al ser poco conocidas, no tendría que soportar apretujones ni correría el riesgo de asolearme o insolararme. Además, la recién inaugurada línea 3 del Metrobús que cubre el tramo Etiopía/Plaza de la Transparencia-Tenayuca haría menos tortuoso el recorrido.

Luego de atravesar la zona industrial de la delegación Gustavo A. Madero, donde en un tiempo no muy lejano podrán llevarse a cabo rescates de arqueología industrial, el Metrobús cumple su promesa: llega a Tenayuca en 55 minutos. Al descender, hay que cruzar la avenida Acueducto de Tenayuca. El río Tlalnepantla corre a un costado. México ha elevado a política

nacional la destrucción de sus ríos convirtiéndolos en desagües a cielo abierto o desecándolos. Más adelante se llega a una gran plaza, donde se encuentra la iglesia franciscana de San Bartolomé Tenayuca, que data del siglo xvi. Sorprendentemente, junto a la iglesia está la pirámide de Tenayuca. Y digo sorprendentemente porque su estado de conservación hace suponer que cuando ocurrió la conquista el sitio había sido abandonado y la vegetación lo había cubierto, con lo que se evitó su feroz destrucción.

En el llamado periodo Posclásico (finales del siglo xii y principios de xiii), un grupo de nómadas chichimecas encabezados por el rey Xólotl, probablemente llegados desde el norte, se asentó en Tenayuca y Santa Cecilia, a orillas del lago de Texcoco. Durante su peregrinaje es posible que hayan tenido contacto con toltecas y teotihuacanos, esos parientes ricos y refinados del mundo prehispánico con quienes todos los demás grupos, mexicas incluidos, deseaban relacionarse.

Una de las características de la pirámide de Tenayuca son las 138 cabezas de serpientes que rodean el basamento, a excepción de la cara principal, donde un par de anchas alfardas contienen las dos escalinatas que conducían hacia los templos gemelos de Tláloc y Huitzilopochtli. Las excavaciones de Ignacio Marquina, uno de los más célebres arqueólogos mexicanos, descubrió algunas de las sucesivas etapas constructivas de la pirámide, una técnica constructiva similar a las “matrioskas” rusas. Debido a su estado de conservación, el INAH ya no permite que la gente recargue su energía en la cúspide de esta pirámide chichimeca-mexica. Observada desde lejos, la gran pirámide de Tenayuca nos ofrece una imagen de lo que debió ser el gran Templo Mayor de México-Tenochtitlan.





El transporte en el Estado de México es idéntico al de la ciudad: unidades obsoletas, asientos desgastados y cochambrosos, choferes mal encarados. La diferencia radica en el costo: el viaje más barato cuesta siete pesos, el doble que en la capital. Otro factor unifica prácticamente a todas las poblaciones del país: donde alguna vez existió una carretera, en ambos costados proliferan talleres mecánicos, vulcanizadoras, expendios de tacos y carnitas, etc. La planeación urbana nunca ha sido nuestro fuerte. A tres kilómetros de Tenayuca se encuentra el pueblo de Santa Cecilia devorado por la mancha urbana y el progreso. La falta de señalamientos convierte en hazaña localizar la pirámide. Luego de preguntar a varios nativos —la mayoría desconocen la ubicación, incluso la existencia de la pirámide—, y de caminar por calles estrechas, se llega al templo de Santa Cecilia, patrona de los músicos. De dimensiones similares al de San Bartolomé Tenayuca, quizá para conservación o debido al crecimiento de los feligreses, las misas se celebran en el atrio, del mismo modo en que hace muchos siglos los evangelizadores reunían a los indios para bautizarlos. A un lado, un pequeño callejón conduce a una antigua casa porfiriana, sede del museo de sitio de Santa Cecilia Acatitlán, dedicado a la escultura mexicana. Como en otros museos, es notoria la falta de presupuesto. El olor a humedad impregna todos los rincones y el mobiliario que aún se conserva y que intenta reproducir el estilo de vida durante el siglo XIX es víctima del polvo y la indiferencia.


A finales de los años cincuenta, es muy probable que el arquitecto y arqueólogo Eduardo Pareyón Moreno (1921-2000) descubriera un promontorio de tierra y lodo invadido por la maleza. Con el ascenso y dominio de los mexicas en el altiplano central, Tenayuca y Santa Cecilia pasaron a formar parte del reino de Texcoco, miembro de la triple alianza



que a sangre y macana asoló buena parte de México. Al iniciar los trabajos de rescate y consolidación, la pequeña pirámide que se levanta al centro de un amplio jardín fue descubierta al retirarse las épocas sucesivas, es decir, las estructuras que fueron construyéndose una encima de otra con el propósito de hacer más grande el templo. Como aún es posible subir a lo alto de la pirámide, un reducido grupo de personas vestidas de blanco y descalzas siguen las instrucciones de un hombre barbado y canoso, ataviado con un paliacate rojo que cubre toda su frente, quien les pide que se quieran mucho a sí mismos y que agradezcan al altísimo por los favores recibidos. El arquitecto Pareyón reconstruyó el templo de Tláloc, siempre ubicado del lado derecho en los templos nahuas, a partir de los documentos y códices existentes que describen la disposición general. En lo alto de la pirámide, un letrero pegado a la reja que impide el acceso al adoratorio advierte: “Favor de no sentarse en el Chac mool ni en la piedra de sacrificios”. A mi mente llega el cuento de Carlos Fuentes e inconscientemente me alejo de la piedra y del Chac mool. No es difícil imaginar al sacerdote que de un golpe certero abre a la víctima en canal y le extrae el corazón, que después de ofrecerlo al sol, lo deposita en la vasija del Chac mool mientras los incensarios colocados en cada esquina humean sin

cesar y el olor a copal disimula la putrefacción de los cuerpos que se amontonan encima de la imagen de Coyolxauhqui, al pie de la pirámide. Aunque se trata de una reconstrucción ideal del arquitecto Pareyón, la pirámide de Santa Cecilia posee un aire solemne y a la vez relajado que hace placentera su contemplación. Visitarla es como encontrarse con una tía lejana que a pesar de las vicisitudes de su vida se muestra afable y comprensiva.

Sea por la energía que irradian y que nos inunda por completo durante la celebración del equinoccio, visitar estas dos pirámides no sólo es un acto de cultura general, sino la oportunidad de recrear las palabras del rey poeta Nezahualcóyotl, descendiente de Xólotl:

Libro de pinturas es tu corazón.
Has venido a cantar,
haces resonar tus tambores,
Tú eres el cantor.
En el interior de la casa de la primavera,
alegras a las gentes.² 

² “Canto de primavera”.